

Desde París

ALFREDO BRYCE
ECHENIQUE

¿SE VA VINCENNES?

"Hace ya más de diez años de todo aquello. Yo era un niño, no supe ni siquiera qué pasó". Esta es la respuesta más común, la respuesta casi natural de todo alumno francés al que hoy se le pregunta por aquel mayo del 68. Y no se detienen para continuar el diálogo. Sus problemas son, hoy, otros: un futuro muy concreto al que se mira con desasosiego, pues no se trata ya de imaginar cambios en el mundo, sino tan sólo de encontrar un lugar mínimamente cómodo y remunerado en el mercado de trabajo.

Difícil resulta entonces interesar a esta nueva juventud por los problemas de Vincennes, una universidad nacida precisamente de los acontecimientos que sacudieron a Francia en aquella primavera rebelde. Y más difícil aún interesar a la opinión pública por el destino de "un centro experimental" (así se le llamó y se le ha considerado), que durante largo tiempo ha venido luchando por mantener aquellas particularidades que han sido objeto al mismo tiempo, de ferviente admiración y de las más apasionadas críticas, cuando no de abiertas provocaciones.

La Universidad de Vincennes fue creada para superar las deficiencias de un sistema de educación superior que los jóvenes protagonistas de las jornadas del 68 encontraban insostenible. Vincennes nació así abierta al mundo contemporáneo, altamente politizada, libre a todas las ideas y tendencias. Para entrar en Vincennes no se necesitaban ya diplomas de estudios secundarios, de tal manera que a ella tendrían acceso los desfavorecidos, aquellos hombres y muje-

res que por circunstancias económicas y sociales jamás habrían podido soñar con culminar sus estudios. Diversos sistemas de orientación se encargaban de evaluar los conocimientos de los recién llegados, y de situarlos en los niveles desde los cuales podrían en poco tiempo trabajar en igualdad de condiciones con aquellos estudiantes cuya educación secundaria venía coronada por un diploma. Las facilidades eran muchas: se dictaban clases de noche, para aquellos alumnos que acudían desde sus centros de trabajo, se dictaban también clases los días sábados, y se organizarían semestres de verano. Otra cosa había cambiado también para siempre, en Vincennes: la relación profesor distante-alumno distanciado, aquella falta de diálogo que imponía una visión única de las cosas y que había dado lugar a tantos mandarinatos. La enseñanza se impartiría en pequeños grupos para permitir el diálogo hasta entonces ausente, y también una constante evaluación de los progresos de cada alumno, que hacía caducar el sistema de los cursos magistrales y de los exámenes finales.

Las mejores épocas de Vincennes fueron sin duda aquellas en que se creyó que todo esto podía existir en una sociedad que, tras la partida del General De Gaulle, retomaba las riendas de un poder que tal vez tembló, pero que jamás cayó. Y más acertado sería decir, a este nivel, que Vincennes, más que abrirse al mundo, a la sociedad que la rodeaba, para ver y



comprender que era la misma de siempre, engeguació perdida en el encanto de sus particularidades y de su enorme éxito entre los jóvenes. Pronto, su población estudiantil empezó a duplicarse, a triplicarse, a cuadruplicarse. La Universidad concebida para unos siete mil alumnos había pasado en pocos años a tener más de treinta mil. Treinta mil alumnos que no cabían en ninguna parte, y entre los cuales los extranjeros habían llegado a ser incluso la mayoría. Surgieron entonces todo tipo de problemas. Muchos alumnos llegaban sin dominar el idioma (francés) en el que necesariamente debían dictarse gran parte de los cursos. La enseñanza impartida en pequeños grupos se hacía imposible. El moderno material envejecía, se deterioraba, se terminaba, y los créditos oficiales no llegaban nunca o llegaban con cuentagotas, para remplazarlo. Los diplomas se envilecían, o eran envilecidos por una prensa a veces muy bien preparada para malinformar a la opinión pública acerca de lo que realmente ocurría en Vincennes. Otras veces, Vincennes no obtuvo el derecho a otorgar diplomas con valor nacional. Ello, a algunas personas parecía no importarle, pues Vincennes podía otorgar sus propios diplomas. Pero a otras sí, pues los alumnos miraban cada año con mayor temor a un mercado de trabajo en el que los desempleados eran cada vez más. Y, para entonces, aquellos estudiantes "del 68" ya habían desaparecido de los medios universitarios; para ellos, y para todos, nuevos tiempos y nuevos problemas estaban al acecho. No obstante, la experiencia de Vincennes seguía adelante; profesores y alumnos publicaban trabajos y tesis de indudable valor renovador, algunos departamentos, como el de Urbanismo, era considerados entre los primeros del mundo.

Pero Vincennes continuaba siendo abandonada, aislada, trabada en su funcionamiento, y su afán experimental. Lejos de expandirse a otras universidades (con lo cual se habría podido evitar la excesiva presencia de estudiantes y los problemas que de ella resultaron), su carácter experimental parecía encerrarse en ella, como en un ghetto. Y todo intento interior de ordenar las cosas, de evitar el laxismo y el desconcierto que se iba apoderando del campus, fue tomado como tentativa de autoritarismo. En pocos años el campus de Vincennes se había plagado de merchifles, de gente que a menudo nada tenía que ver con el alumnado, pero que aprovechaba de ese laxismo para venir a vender todo tipo de comidas u objetos que el estudiantado

consumía por necesidad, porque Vincennes había nacido lejos de librerías y tiendas, por ejemplo, o porque en vez de los dos restaurantes universitarios que se planeó construir, sólo se había construido uno y la población se había prácticamente quintuplicado.

Vino, luego, la época de los grandes escándalos. El primero, a raíz de un curso de sexología que diera lugar a un artículo periodístico pobre y mal informado, cuando no mal intencionado, pues nada decía sobre el todo de esta enseñanza, sobre la preocupación que por su existencia había en Vincennes, en otras universidades, y entre las autoridades educativas del país. Aquello ocurrió en 1976. En 1976, el campus de Vincennes se vio invadido por traficantes de drogas que aprovechaban las franquicias universitarias para instalarse cómodamente, sin los riesgos de captura que corrían en otros lugares. La droga, como el alcoholismo, la ausencia de ideales, el desempleo, son males de nuestro momento, por no decir de nuestro tiempo, y puede encontrarse en cualquier parte. Pero una vez más Vincennes debió pagar los platos rotos. Para un periódico sensacionalista, de extrema derecha, la solución estaba en "enviar un escuadrón de paracaidistas para limpiar los establos de Vincennes". La Universidad se defendió siempre, organizando jornadas de información al público, invitando a la prensa, a las autoridades. Fueron victorias pírricas. Y tampoco evitaron nuevos problemas y escándalos cuyo origen estuvo siempre en esa mezcla de laxismo y en la presencia a menudo de elementos totalmente ajenos al alumnado y al profesorado. Uno tras otro, los Presidentes de Vincennes la defendieron con coraje y lucharon siempre por mantener incólumes las particularidades que habían dado su prestigio a esta Universidad. Pero para quien frecuentaba Vincennes era cada vez más evidente que su aislamiento crecía, que la opinión pública no la consideraba ya entre sus problemas, que los alumnos no eran los mismos de antes desde aquella huelga larga, penosa, e inútil del 76, en que parecieron no sólo haber perdido el combate contra reformas no deseadas, sino también todo deseo de combatir. Poco a poco, el diálogo profesor-alumno desaparecía, poco a poco el tan voceado control continuo de Vincennes empezaba a emparentarse con el curso magistral que, allá por el 68, parecía haber quedado atrás para siempre. En un



mundo de inseguridad, el alumno deseaba obtener un diploma rápido, con el menor esfuerzo y en la menor cantidad de tiempo posible. Mientras tanto, el campus se iba llenando de seres extraños, de seres para quienes Vincennes no era una universidad, sino un bien común; un lugar donde pasarla y pasarla en años de crisis, de desapego, y de aburrimiento. 1978 fue el año de la violencia física. 1979 el del Movimiento de Liberación de Menores. Estos problemas fueron, una vez más, la delicia de cierta prensa. Y una vez más, también, Vincennes se defendió como pudo, tratando de olvidar lo ocurrido lo más pronto posible, pues otra amenaza más grave se cernía sobre ella desde hacía algún tiempo: su cambio de situación que, para muchos, significaba también su desmantelamiento, el principio del fin.

Esta batalla parece perdida. Habiendo que mudarse, pues los terrenos son alquilados a la Ciudad de París, y el contrato ha llegado a su fin, era sin embargo posible ponerse de acuerdo con las autoridades pertinentes acerca de un nuevo lugar. Estas propusieron uno, Vincennes propuso varios. En el referendun realizado entre profesores, estudiantes y personal administrativo de la Universidad, Saint Denis, el lugar propuesto por las autoridades, y que presenta una serie de inconvenientes, obtuvo la menor cantidad de votos. Pero hace ya algunas semanas que, en los terrenos que ocupara el hoy demolido Instituto Universitario Tecnológico de Saint Denis, se ha empezado a construir una "Vincennes" privada de varias hectáreas, de la cuna en la que los estudiantes podían dejar a sus hijos, de la cafetería; privada del Departamento de Psicología, dicen unos, del de Cine, dicen otros, del de Teatro y el de Urbanismo, dicen los más. La ubicación actual se mantendrá un año más hasta que se terminen apresuradamente los locales de Saint Denis, un suburbio al norte

de París, muy lejano del lugar en el que se halla hoy Vincennes. ¿Qué ocurrirá cuando aquellos lugares estén listos? ¿Partirán los desasosegados profesores en compañía de sus más desasosegados alumnos? ¿Partirá también aquel espíritu que hizo famosa a la Universidad de Vincennes? ¿Partirán también sus contradicciones, su laxismo, sus penurias materiales? ¿La acompañarán aquellas que la frecuentaron sin conocerla, sin quererla conocer, y que acudieron a ella tan sólo para traficar en un lugar en el que toda crisis actual parecía agudizarse? ¿O partirá ya tan sólo "el ghetto de Vincennes", abandonado por la opinión pública y por su propio alumnado?

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

CARTAS A LUCRECIA

Bella amiga mía:

El cielo es hoy azul. Haría evocar a Bartolomé Leonardo de Argensola. Pero yo, hombre poco intelectualizado, prefiero pensar en usted. Salgo ganando en ello por mil motivos, entre otros porque creo, en súbito acto de fe, que el cielo que veo sí es cielo y sí es azul.

Puesto en el objeto de la presente, a petición de usted voy a darle detalles de los noviazgos en mis tiempos. Hoy no turnaré el propósito narrativo a terceros sino a mí mismo. Yo seré, pues, agonista y coro de mis asuntos amorosos.

Empiezo diciéndole que hace años en mi país (al igual que hoy) la sangre humana corría libremente sin que nada ni nadie alcanzase a contenerla. Gemidos y llanto operaban a manera de la nota sostenida (*bajo obstinato*) en un concierto entonado por el horror y la desolación.

En este marco sanguinoso enamoraba a una jovencita cuyo padre, no